

su obligación exactamente, y aun se anticipan á sus propios padres en proteger y educar á sus ahijados. ¡Gloria eterna á semejantes padrinos!

En efecto, los míos ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto; bastante motivo para que no me vuelva á acordar de ellos. Ciertamente que fueron tan mezquinos, indolentes y mentecatos, que por lo que toca á lo poco ó nada que les debí ni de chico ni de grande, parece que mis padres los fueron á escoger de los más miserables del hospicio de pobres. Reniego de semejantes padrinos, y más reniego de los padres que, *haciendo comercio del sacramento del Bautismo*, no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que posponen éstos á los compadres ricos ó de rango, ó ya por el rastrero interés de que les den alguna friolera á la hora del bautismo, ó ya neciamente confiados en que quizá, pues, por una contingencia ó extravagancia del orden ó desorden común, serán útiles á sus hijos después de sus días. Perdonad, pedazos míos, estas digresiones que rebozan naturalmente de mi pluma, y no serán muy de tarde en tarde en el discurso de mi obra.

Bautizáronme, por fin, y pusiéronme por nombre *Pedro*, llevando después, como es uso, el apellido de mi padre, que era *Sarmiento*.

Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con extremo: con esto, y con la persuasión de mis discretas

tías, se determinó *nemine discrepante*,<sup>1</sup> á darme nodriza ó *chichigua*, como acá decimos.

¡Ay, hijos! Si os casareis algún día y tuviereis sucesión, no la encomendéis á los cuidados mercenarios de esta clase de gentes; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños; pues como no los aman, y sólo los alimentan por su mercenario interés, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiente la de las criaturas que se les confían, ni de cometer otros excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza á la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente animal y destituida de razón.

¿Cuál de éstas fia el cuidado de sus hijos á otro bruto, ni aun al hombre mismo? ¿Y el hombre dotado de razón ha de atropellar las leyes de la naturaleza, y abandonar á sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra ó blanca, sana ó enferma, de buenas ó depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche de nada más se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales?

<sup>1</sup> Esta fórmula, usada en la Universidad, quiere decir en castellano: *sin oposición*, unánimemente. E.



¡Ah! Si estas pobres criaturas de quienes hablo tuvieran *sindéresis*, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirían llenas de dolor y entusiasmo: mujeres crueles, ¿por qué tenéis el descaro y la insolencia de llamaros madres? ¿conocéis acaso la alta dignidad de una madre? ¿sabéis las señales que la caracterizan? ¿habéis atendido alguna vez á los afanes que le cuesta á una gallina la conservación de sus pollitos? ¡Ah! No. Vosotras nos concebisteis por apetito, nos paristeis por necesidad, nos llamáis hijos por costumbre, nos acariciáis tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonáis por un demasiado amor propio ó por una *execrable* lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atrevéis, la causa porque os somos fastidiosos. A excepción de un caso gravísimo en que se interese vuestra salud, y cuya certidumbre es preciso que la autorice un médico sabio, virtuoso y no forjado á vuestro gusto, decidnos: ¿os mueven á este abandono otros motivos más paliados que el de no enfermaros y aniquilar vuestra hermosura?

Ciertamente no son otros vuestros criminales pretextos, madres crueles, indignas de tan amable nombre; ya conocemos el amor que nos tenéis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud; pues apenas podéis, nos arrojáis en los brazos de una extra-

ña, cosa que no hace el bruto más atroz. Así se produjeran estos pobrecillos si tuvieran expeditos los usos de la razón y de la lengua.

Quedé, pues, encomendado al cuidado ó descuido de mi *chichigua*, quien, seguramente, carecía de buen natural, esto es, de un espíritu bien formado; porque si es cierto que los primeros alimentos que nos nutren nos hacen adquirir alguna propiedad de quien nos los ministra, de suerte que el niño á quien ha criado una cabra no será mucho que salga demasiado travieso y saltador, como se ha visto; si es cierto esto, digo: que mi primera nodriza era de un genio maldito, según que yo salí de mal intencionado, y mucho más cuando no fué una sola la que me dió sus pechos, sino hoy una, mañana otra, pasado mañana otra, y todas, ó las más, á cual peores; porque la que no era borracha, era golosa; la que no era golosa, estaba gálica; la que no tenía este mal, tenía otro; y la que estaba sana, de repente resultaba en cinta, y esto era por lo que toca á las enfermedades del cuerpo, que por lo que toca á las del espíritu, rara sería la que estaría aliviada. Si las madres advirtieran, á lo menos, estas resultas de su abandono, quizá no fueran tan indolentes con sus hijos.

No sólo consiguieron mis padres hacerme un mal genio con su abandono, sino también enfermizo con su cuidado. Mis nodrizas comenzaron á debilitar mi salud,



y hacerme resabido, soberbio é impertinente con sus desarreglos y descuidos, y mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño; porque luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de criarme demasiado regalón y delicado; pero siempre sin dirección ni tino.

Es menester que sepáis, hijos míos, por si no os lo he dicho, que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponía á todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las más, flaqueaba en cuanto la veía afligirse ó incomodarse demasiado, y ésta fué la causa porque yo me crié entre bien y mal, no sólo con perjuicio de mi educación moral, sino también de mi constitución física.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: quería yo su rosario, el dedal con que cosía, un dulcecito que otro niño de casa tuviera en la mano, ó cosa semejante, se me había de dar en el instante, y cuenta como se me negaba, porque aturdía yo el barrio á gritos; y como me enseñaron á darme cuanto gusto quería, porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

Si alguna criada me incomodaba, hacía mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO  
AL SEÑOR DON PERIQUILLO SARNIENTO  
MEXICO, D.F. 1900

no era otra cosa que enseñarme á ser soberbio y vengativo.

Me daban de comer cuanto quería, indistintamente á todas horas, sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme, dentro de pocos meses, cursiento, barrigón y descolorido.

Yo, á más de esto, dormía hasta las quinientas, y cuando me despertaban, me vestían y envolvían como un tamal de pies á cabeza; de manera que, según me contaron, yo jamás me levantaba de la cama sin zapatos, ni salía del *jonuco* sin la cabeza entrapajada. A más de esto, aunque mis padres eran pobres, no tanto que carecieran de proporciones para no tener sus vidrieritas: teníanlas, en efecto, y yo no era dueño de salir al corredor ó al balcón sino por un raro accidente, y eso ya entrado el día. Me economizaban los baños terriblemente, y cuando me bañaban por campanada de vacante, era en la recámara muy abrigada y con un agua bien caliente.

De esta suerte fué mi primera educación física; ¿y qué podía resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás, ó pocas veces, me franqueaban el aire, ni mi cuerpo estaba acostumbrado á recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las extrañaba